



“DEL TIEMPO Y DEL RÍO”

THOMAS WOLFE — EMECE EDITORES

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

Al finalizar la lectura de “Of Time and the River” (Del Tiempo y del Río) se nos impone una pregunta forzosa: ¿qué es la novela? Es un astuto calidoscopio autobiográfico a través de unas cuantas criaturas o una epopeya de lo cotidiano o el desarrollo de una obsesión poética? Pues todas estas facetas se suturan y confunden en una misma organicidad, en idéntico fuego comunicativo, en este grandioso fresco de la ansiedad contemporánea que es la novela de Thomas Wolfe. El personaje central, como en toda la obra del más potente narrador norteamericano, es la juventud. O, mejor, la juventud y el mal en un mismo Jano terrestre. Pero aquí el mal no es lo demoníaco. Es el tiempo como frenesí. Es toda la potencia de la criatura —como ambición, como alegría, como efímera carne, como angustia, como asombro y como sollozo— coadyuvando a su destrucción. Es, en suma, la energía de una convicción: de que estamos vivos y de que vivir, como si fuese el enigma de este temible secreto, es la forma más ardiente y comprometedora de morir.

Esto, tal vez, podría explicarnos la locura viajera, la exultación, el destino patético de los personajes de Wolfe. Si ahondamos un poco en el ademán de su estilo, descubrimos en él los trazos inconfundibles del caricaturista de almas. Wolfe, como Dostoyewski o como Mann, somete los rasgos ontológicos de sus criaturas a un tratamiento de tan angustiada distensión que aquello corre el peligro de convertirse en un muestrario de acromegalia psicológica. Pero un rigor de última hora —una pericia inaudita para suavizar el escalofrío— nos las retorna, agotadas pero inmediatas y ciertas, a la familia del hombre. Entonces respiran, se nutren, sufren y confían entre las cosas de la tierra.

En rigor, es un hazaña que el novelista ha realizado con nosotros mismos. Porque, a fin de cuentas, el personaje de Wolfe es su lector. En esta novela, como en muy pocos sitios, podemos entender cabalmente aquella afirmación de que las cosas que realmente nos suceden son nuestras lecturas.

Sí, vivir es destruirse. Destruirse ante el embiste del tiempo, ante el empuje del hocico y la rama y el vaho de la tierra delirante y eterna. Pero entre tanto, nos recuerda Wolfe, está el gesto —la decisión de cada segundo, la sofocación y el espesor de un rostro sobre un cuerpo— como misterio que se disuelve, que se funde al aluvión de luz, espasmo, polvo y duelo en el que jadeamos como nadadores en la onda. De allí el esplendor, el triunfo de los sentidos en Wolfe. Aquellas narices huelen, aquellos dedos tocan, aquellos ojos miran, aquellos pies se asientan y ambulan en la tierra. Wolfe nos comunica la impresión —con su silencio, con su tristeza, con la apretada ceniza de su muerte bien guardada en el pecho— de que nada, nada en absoluto, puede serle vedado a nuestra percepción. En esto es un legítimo compañero de Withman y de Bennet. Aquellos olores de las ciudades, de los ríos, de los patios en Wolfe! Aquellos adolescentes que aullan entre los basureros! ¡Aquellas mujeres, duras y enlutadas, que se sientan en los porches o en los salones de espera a ver el humo de los meses, a ver podrirse las manzanas, a ver el tizne de la desdicha en las mejillas de los forasteros!

A la hora de un balance extremo, Wolfe sería el novelista de la desintegración. Frente a sus maestros occidentales, sólidos analistas de un burguesía que, en un instante determinado, fue orgullosa, eficaz y necesaria, Wolfe se nos aparece como el que descubre, con dolorosa certidumbre, que la sociedad, los hombres y las consignas en que se halla comprometido, se han arruinado sin oportunidad de envejecer. En Wolfe, por ello mismo, todo es vértigo y alarido. Su imponente instrumentación narrativa se aniquila en una sinfonía de naufragio. Podría resumirse aquello— al igual que la tarea de un Melville o un Faulkner— como el vasto fracaso de un experimento calvinista para crecer, definirse y morir colectivamente Bajo el opulento estandarte del dólar y entre la discordancia de una civilización maquinista la voz de Wolfe —la queja de un hombre roto hasta las entrañas por la lucidez poética— parece ser el único documento de que la sangre, la sangre de las venas verdaderas, el temblor y la esperanza tuvieron su cancelada oportunidad en un solar y en un momento del mundo